

Título: El mar silencioso

Seudónimo: Sherlock

El día de pesca no se parecía a nada que Eduardo recordara, se decepcionaba cada vez que veía surgir las redes vacías de la bruma marina. Era como si se arrastraran por un desierto que cubriera el fondo del mar. Había faenado otras veces en la tierra del fuego, pero no recordaba un mar tan estanco y muerto en toda su vida pesquera, que, en tiempo, era superior a su vida en tierra.

De hecho, las estancias fuera de barco pesquero eran necesarias pero eternas. En el barco sabía que se esperaba de él y como realizar el trabajo sin orden alguna. En su alojamiento temporal de Cádiz no era así, allí todo podía cambiar a cada instante, incluso una compra solía involucrar hablar sobre el peso, la calidad o la marca del producto. Y no es que fuera poco sociable, sino que sus oídos habían dejado de funcionar hacía tiempo. Al principio no le dio importancia, solo se acercaba más a la gente para poder entender qué decían, pero esta distancia se fue acortando hasta resultar incómoda. Entonces se asustó. A pesar de visitar a diferentes médicos, que invariablemente ponían caras largas y compungidas y acababan sus citas sin diagnóstico y con una receta de pastillas, sus oídos siguieron empeorando.

Cuando los gritos empezaron a no ser suficientes, Eduardo se ayudó de algunos signos, lenguaje corporal y una nueva habilidad para leer los labios. Aunque a él le importaba más leer el mar que a las personas, y en eso no solía fallar. Salvo ese día cuando no entendía qué ocurría. El sol brillaba en un cielo que se adivinaba límpido pero la bruma lo apagaba y se resistía a disiparse. El agua, de un color verdoso estanco, era un espejo que el barco rasgaba generando las únicas olas que se perdían en la inmensidad.

Eduardo observaba aquellas rarezas del Atlántico y se esforzaba en su trabajo infructuoso de sacar redes vacías.

—¿Qué crees que ocurre? Los peces parecen extintos—dijo Eduardo a su compañero.

Este, un italiano con cara arenosa y llena de salitre, llamado Barolo, levantó los hombros y arqueó los labios, tampoco sabía qué pasaba. El propio océano se había paralizado en un estado difuso, entre la noche y el día.

El capitán, llamado Álvarez, guió el barco más adelante, donde la niebla era más aplastante y volvieron a probar las redes sin éxito. Después bajó a cubierta con Eduardo, le puso una mano en el hombro y le hizo un signo interrogante con los brazos.

—Esto es raro, el Atlántico nunca es así—dijo Eduardo—, parece un lago más que un océano.

Álvarez señaló la niebla.

—Sí, puede que sea eso —contestó Eduardo—. Este sitio no me da buena espina, deberíamos alejarnos hacía el cabo San Pablo.

Álvarez dio dos golpecitos a Eduardo y se encaminó escaleras arriba hacia el puente de mando.

La bruma venció al sol, surgía compacta del mar que parecía a punto de hervir, y se adhería al barco envolviéndolo en una calma absoluta. Todo continuó de forma monótona hasta que una sacudida alertó a la tripulación, era un banco de arena, aunque Eduardo sabía que en alta mar eso era imposible. Corrió hacia la borda y se asomó. El agua estaba tan sosegada como antes, sin embargo, algo rompía la homogeneidad, algo como delfines, aunque en aquellas latitudes no había.

Su compañero Barolo también miraba con una mezcla de curiosidad y espanto al océano. Poco a poco, sin cambiar su cara compungida y sus miembros rígidos, se fue encaramando a la borda. Se puso de pie y extendió sus brazos hacia la inmensidad marina, lanzando un abrazo a las profundidades.

—¿Qué haces, maldito loco? —dijo Eduardo mientras lo empujaba violentamente dentro del barco.

Barolo tenía los ojos surcados por venas y se rebeló contra su compañero. Lo mordió y arañó cómo un poseso. A pesar de la corpulencia de Eduardo, lo logró apartar, y este solo pudo ver cómo el italiano subía de nuevo a la borda, extendía los brazos y se lanzaba al mar. De un brinco Eduardo alcanzó el salvavidas, pero cuando se asomó el mar estaba plano como antes, sin signo del italiano, sin ninguna ondulación, había sido engullido sin dejar rastro.

Eduardo empezó a gritar y, aunque no escuchaba, sí sentía cierto estado de locura que se había apoderado del barco. Corrió con todas sus fuerzas escaleras arriba a ver al capitán, pero solo encontró allí al segundo de a bordo.

—¿Dónde está Álvarez? —gritó Eduardo mientras lo zarandeaba.

El segundo de a bordo parecía tan sordo como él y no recaía en su presencia. Tenía el rumbo forzado completamente a estribor. Eduardo lo separó del timón de un empujón y lo enderezó.

La bruma era más espesa ahora que nunca, pero ello no le impidió adivinar el horroroso espectáculo que se desarrollaba en cubierta. Todos los marineros se agolpaban en los costados del barco con los brazos extendidos y parecían vociferar. Otros tropezaban con cualquier

obstáculo y seguían arrastrándose con cara estúpida hacia el mar. De vez en cuando, algo surgía del agua; algo oscuro, húmedo y escamoso, pero humano, cogía a los marineros de la cabeza, estos sonreían en el colmo de la felicidad y se dejaban arrastrar dulcemente hacia su ahogamiento.

Eduardo dudó de lo que veía hasta que una de aquellas criaturas se posó en la proa del barco y pareció empezar a cantar, entonces no tuvo duda de que era una sirena.

El propio capitán Álvarez se acercaba con paso quebradizo hacia aquella criatura que permanecía sentada como si fuera el mascarón de proa del pesquero. Eduardo aceleró a toda máquina, cogió un arpón y voló escaleras abajo en busca del capitán.

Lo logró alcanzar antes de que terminara en las garras de la sirena y tumbarlo en el suelo. Después empuñó el arpón y se quedó frente a la criatura. La miró directamente a los ojos; negros como el carbón, eran más grandes que los humanos; su cabello, sujeto por una diadema, se esparcía sobre su torso desnudo de piel humana, que se volvía escamosa en la cintura y daba paso a una gran cola de pez plateada donde deberían estar las piernas. El rostro aguileño de nariz aplastada no era aterrador, sino agradable, algo atractivo y con una arruga de sorpresa en la frente. Miraba fijamente a Eduardo y quería decirle algo, pero él no podía leer nada conocido en sus labios. Ella levantó sus brazos formando un abrazo y mostrando unas uñas afiladas y negras.

La sirena pareció turbada y aulló ante el aguante de aquel marinero, Eduardo se mantuvo firme y la intentó punzar forzándola a saltar al mar sin resistencia alguna. Envalentonado, se dedicó a barrer a las sirenas que se habían atrevido a subir al barco. Ellas, confundidas por aquel humano inmune a los cantos, intentaban engatusarle, pues parecían solo poder llevarse a aquellos que se entregaban a su hechizo y no ser capaces de violencia alguna.

Pronto el motor a toda máquina les empezó a sacar de aquellas aguas malditas y la bruma fue desincrustándose del casco del barco. Eduardo corrió a la popa para impedir que nadie más saltara en busca de aquellos demonios.

Allí pudo ver con un escalofrío las formas negras y fantasmagóricas que les observaban flotando en la niebla. Estaba seguro que les seguían llamando y que de recuperar la audición subiría al puente de mando y volvería a dirigir el barco a su perdición. Se tiró del lóbulo de su oreja izquierda con placer, por primera vez sintiendo que su mala suerte tenía efectos inesperados y positivos.